

NARCISO EN EL ESPEJO

(Reflexiones sobre la noción de hombre tradicional en El falso cuaderno de Narciso Espejo)

Pedro Alzuru

A

Juan Ruiz, narrador del Documento "A", inicio de El falso cuaderno, inventa las falsas memorias de Narciso Espejo con el propósito de dibujar la vida de quien había sido su compañero de muchos años.

Para realizar este objetivo siente la necesidad absoluta de explicarse a sí mismo. Tiene la intención de darse a conocer antes de develarnos los datos del propio Narciso, y lo hace suponiendo que el suyo es "el sereno discurso de un ciudadano respetable"(9)*. Espera Juan Ruiz que la relación hecha de sí sea referencia para que evaluemos su destino, sin dejar de reconocer la falsedad que pueda haber en esta autoevaluación, necesariamente sesgada por el amor propio, característica, además, de todo humano.

Juan Ruiz resulta ser escritor (como Narciso Espejo, como Guillermo Meneses), aunque sólo sea "en cierta manera". Entre Ruiz, Espejo y Meneses encontramos el juego de imágenes, reflejos y refracciones que el autor, al parecer, se propone desarrollar en esta obra donde está implícita una concepción particular del hombre, opuesta a la concepción del hombre moderno. Llamaremos a este hombre, presente

* los números entre paréntesis corresponden a la página en el texto: Guillermo Meneses, *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, ediciones Nueva Cadiz, Caracas-Barcelona.

en la obra de Meneses, hombre tradicional' **

La primera característica del hombre tradicional es que "no quiere distinguir el yo del no-yo, el mundo del hombre". *** En él priva la visión del hombre como antropocosmo, cosmo a la imagen del hombre, hombre a la imagen del cosmo. Un hombre que hace interior el espacio del mundo, como lo quería Rilke. Ruiz tiene dentro de sí a Espejo, comparte con él el anonimato y el lugar de origen, publica raramente y sólo para ser leído por el grupo de sus amigos, Espejo está tan dentro de Ruiz que, fuera de comentarios y crónicas, es a su cuaderno la tarea de mayor aliento a la que se ha dedicado éste.

Ruiz es secretario y solterón, presiente que morirá solterón. En esto nos recuerda la vocación más o menos estereotipada de muchos otros escritores, como Fernando Pessoa, en quien también es notable la visión del hombre como antropocosmo, como barrio. Este viejo amigo de Espejo, este otro, no se vanagloria de sus conocimientos, se reconoce indisciplinado, no está satisfecho con su origen social, su infancia y su adolescencia, en las que ve "monstruosas alianzas de lo divino y de la podredumbre" (12). Este origen explica, para Ruiz, su propensión hacia las "zonas peligrosas", entiende que son los rincones sombríos de su infancia los que lo impulsan hacia un Dios con apetencias humanas, hacia lo divino a través de la materia, hacia un misticismo fangoso. Ruiz se debate, como todo humano en mayor o menor grado, entre los extremos de su pluralidad interior; siente, por lo de hombre tradicional que tiene, que la unidad simbólica del mundo se refracta en su yo, sentido como algo diverso, fragmentado.

** vamos a seguir para ello las ideas de Jean Pierre Sironneau, su artículo "Hermes ou la pensée du retour", en *La galaxie de l'imaginaire* (derive autour de l'oeuvre de Gilbert Durand), bajo la dirección de Michel Maffesoli, Berg International, París, 1980, p. 71-100.

*** J.P. Sironneau, *Op. cit.*, p. 82.

El interés de Ruiz por Espejo (su Alter, su Otro) se basa en un pasado compartido, la infancia, la juventud y lo que tienen de vida madura hasta el presente. No obstante, constata Ruiz, ese pasado común tiene resultados diversos: Espejo es casado con una bella mujer y tiene hijos, defiende “los goces de la vida”, obtenidos con “audacia y decisión”. En esto Espejo es, si se quiere, más tradicional que Ruiz.

Narciso representa, para Ruiz, lo que él “hubiera podido ser”. Esta angustia por lo que pudo haber sido es una característica francamente moderna y occidental de Ruiz.

El yo para el hombre tradicional, como hemos dicho, es un barrio, es multitud, es legión, pero la frontera entre Ego y Alter es difusa, como son difusos los límites de los barrios, y hay vecinos que pueden reclamar la precaria identidad de la frontera; entre la multiplicidad que Ruiz y Espejo llevan dentro, entre los barrios que son, hay vecinos compartidos. Ruiz se acerca y se aleja de (1) Espejo, se acerca y se aleja de Vargas (José Vargas, un amigo de ambos).

Espejo y Ruiz compartieron acontecimientos importantes en su proceso de identificación. Estos acontecimientos llevaron a Espejo, según Ruiz, a obtener el reflejo de sí mismo, su esposa, “la luminosa”. Ruiz sabe que Espejo es su semejante, que cada uno de sus actos, y hasta su esposa, han podido pertenecerle.

Narciso ha logrado el amor (suprema tarea para Rilke) en la institución familiar; Juan no soporta, al parecer, esta alteridad radical que es la mujer para el hombre. Lola sintetiza para Juan pasión y amor, siempre que no esté a su lado, frente a ella no sabe qué hacer ni decir, Juan practica un hedonismo interior, “moderno”, onanista: Narciso es hedonista hacia afuera, es con y por los otros, “tradicional”. Juan fabrica sus experiencias, en su nicho; Narciso se sumerge en ellas, en el mundo.

Tal es la preponderancia que cobra lo imaginario, lo interior, en Juan Ruiz, que no se figura nada fuera de los velos de la imaginación, no relaciona su historia con hechos concretos, sospecha que ha dejado de vivir y que es la Muerte quien dice a través de él, él no determina nada.

A pesar de las diferencias que constata, al final de su relato, Juan reconoce:

“los actos de Narciso Espejo han tomado el lugar que los míos debían ocupar...

Tan convencido estoy de la igualdad de experiencias, que podría contar su vida como si fuese él el narrador. Podría cederle el “Yo” de mi relato con la mayor naturalidad. Decirle: ‘Narciso, aquí tienes la pluma. Comienza...’” (17)

En efecto, Narciso empieza el relato, su relato, el relato de Juan. Yo intercambiables, roles, concebibles en esta cultura occidental de suprema individualización, ritos necesarios que cumplimos para hacer menos árido este mientras tanto.

B

Narciso nos explica su demora para iniciar el trabajo autobiográfico y nos revela su emoción al hacerlo, se siente “diferente de los demás hombres dentro de la diversidad normal de todos los hombres”(19). Pero lo más importante en el inicio de su biografía es que declara: “He tenido vocación de espejo... Yo mismo he procurado no dirigir contra mí el azogado cristal de mis análisis.” (Ibidem) No podía ser más explícita esta definición de Narciso como hombre tradicional, en el sentido que le damos aquí a este término; Narciso no quiere distinguir entre él y los demás, entre él y el mundo, se considera un espejo donde se refleja el

cosmos, lo otro y los otros, con ello también afirma su pluralidad interior, y esto lo hace en contra de su biografía de hombre occidental a quien se le ha inculcado la unidad de su persona. La unidad simbólica del mundo, al contrario, reverbera en su yo sentido como múltiple, la dualidad a la que estamos acostumbrados de cuerpo y alma aquí estalla en múltiples fragmentos.

No obstante, este juego de espejos no nos lleva a una transparencia absoluta porque las cosas y los otros reflejados están cargados de significaciones ocultas.

Narciso decide revelársenos en la hora en que se siente atraído por el espejo pero nos advierte que la suya será “una falsa biografía”.(20) En estas confidencias con nosotros, desagradables para Narciso, no admite otra forma que la mentira, “más auténtica que la verdad”. (21) Meneses nos lleva así, con los reflejos sucesivos que encontramos en este falso cuaderno, a una sensación de vértigo, parados ante el espejo sentimos un equilibrio vertiginoso producto de numerosos reflejos, de consecutivas mentiras que esconden verdades que esconden mentiras... donde nos encontramos y lo encontramos a él, al Otro.

En verdad el tema de este cuaderno falso es el Otro, es el reflejo, reflejo que Narciso nos autoriza a leer con diversas teorías, de fondo y de forma. Tratamos con un documento adulterado, que continúa sufriendo añadidos y enmiendas.

Este Narciso, situado en el presente (en un presente con cierto grosor que ubicaría a Meneses en el mismo presente en que estamos sus lectores de hoy, aunque como veremos, han ocurrido cosas importantes en el tiempo que va de Meneses a nosotros) y en una región periférica de Occidente, en un arrabal del planeta podría decirse, si uno se siente y se sabe europocéntrico, este Narciso no deja de ser griego. Ello es tanto así que el propio Espejo recurre a la leyenda para fundamentar su historia

particular, agregando otro reflejo a su rostro ya múltiple.

Y qué encuentra Espejo en la leyenda de Narciso? Encuentra un diálogo entre Narciso y el agua, una relación amorosa entre Narciso y su imagen. El relato primordial, interpretado por Espejo, nos dice que el adolescente era querido y mimado por todos, a los aldeanos les bastaba su presencia, no le exigían como a los demás muchachos, pero fueron frustrados por el retiro que asumió al llegar a la virilidad. La soledad de Narciso* provoca la incomodidad de sus semejantes, quienes tratan de explicarse la causa de la misma, ya sea porque “Narciso había descubier- to las presencias femeninas que hay en toda corriente de agua”, porque Narciso “tenía dentro condiciones de río... que lo obligaban a buscar la serena correspondencia del agua empozada”, o porque -decían- “el amor de Narciso era simple juego solitario, de toma y daca consigo mismo”.(25)

Todas estas explicaciones tienen algo de verdad y muestran el reclamo de sus semejantes. En efecto, Narciso es femenino, es un río, onanista, tradicional, en tanto que es múltiple y se sabe fragmentario. Narciso es un **tipo ideal**, lo encontramos en muchas obras; en **Las olas** de Virginia Woolf se llama Percival, todos quieren ser como él, lo idealizan, lo convierten en una utopía personal; lo encontramos en la calle; lo encontramos en cualquiera.

Narciso se encuentra en la poza que es la mujer que lo ama, se busca a sí mismo en la poza, ahí encuentra su memoria, su pasado indeleble, pasado que es presente y compartido. La biografía de Narciso está dentro de la historia, no podría ser de otra manera, su “mal” nos contagia a todos. Espejo para comprender su historia debe recurrir a las

* la soledad es muy mal vista en nuestra cultura occidental, hasta en los márgenes de la cultura occidental. La institución, el Estado siempre exige participación, desde la más tempranas socialización se nos inculca que “de la soledad se debe huir”. El hombre tradicional, tal como aquí lo concebimos, de su gregarismo no excluye el derecho inalienable de estar solo. Sabe, además, que con los otros no deja de estar solo.

historias de los otros.

C

En el documento "C" o cuaderno apócrifo se desarrolla una "teoría de los espejos" que viene a complicar aún más la ya enrevesada relación entre Meneses, Espejo, Ruiz y los otros. La historia de Espejo, presentada por Ruiz, narrada por Meneses no puede, según esta teoría, tener un asidero en los recuerdos: "los recuerdos no existen. El tiempo es enemigo de todo espejo".(29)

El yo, sentido múltiple por el hombre tradicional, múltiple en su sincronía, es también múltiple en su diacronía, no permanecemos siendo los mismos, cambiamos dentro de nosotros y cambiamos al salir de la frontera que traza nuestra piel: "la imagen de sí mismo contemplada por Narciso en los remansos de agua no es ya Narciso solamente, sino que a ella está unido un misterio, extraño tanto a Narciso como al agua de la fuente. Este misterio es lo que puede llamarse 'espejo del espejo'."(Ibidem)

El recuerdo nos hace cambiar, el recuerdo cambia dentro de nosotros, es reformulado cada vez por la memoria, el instante que vivimos no lo guardamos intacto, el espejo que lo guarda lo adultera, lo pervierte. Por ello Narciso no admite los recuerdos ni los sueños, la manera como define y asume el presente lo hace un hombre tradicional: "sólo el presente es el misterio suspendido entre sueños y recuerdos, como insignificante certeza que copia el doble reflejo del pasado y del futuro, el sitio donde se observan los rostros iguales de la memoria y del deseo."(30) Esta valoración del presente en detrimento del pasado y del futuro, se hace cada vez más notable en los hombres y mujeres de hoy: desilusionados, que han perdido el sentido de la utopía, que quieren vivir sin nostalgia ni ansiedad. El hombre occidental de hoy, postmoderno, o sea, postexistencialista, invierte "en lo efímero de siempre en la perma-

nencia de lo que sólo dura un instante.” (32) En esto podemos decir que el Narciso de Meneses anuncia al hedonista de hoy.

Una de las causas de esta ética que valoriza el presente está en la constatación que ya hace Narciso de que la realidad es mentira, de que podemos imaginar una mentira y creer en ella, de que la verdad y la mentira forman nuestras vidas.

Hay un detalle, sin embargo, que hace a este Narciso particular, situándolo en la orilla de la sensibilidad que empieza a caracterizar al hombre del Occidente contemporáneo, obstaculizándole (¿como a nosotros?) el paso a lo que venimos llamando las características del hombre tradicional: es su catolicismo, “la presencia del pecado”, “la lucha contra el pecado”. Nuestro personaje vive problematizado por la presencia del pecado e intuye una correspondencia entre lo sagrado y lo pecaminoso*, confunde “la luz y la oscuridad en una amistad monstruosa”.(50)

Esta confusión condujo al niño Narciso a sentir la caída de Dios, a desear una vida más real y menos fantaseosa y todo ello está relacionado con su paso a la madurez. Un proceso árduo lo lleva a sentir las relaciones entre hermosura y tristeza, a sentir que él contenía lo demoníaco, la presencia simultánea en él de Dios y el Diablo. Por otro lado, esta etapa marca su preocupación por lo social, preocupación por lo social, preocupación que se expresa en sus sentimientos y en su lucha contra El Tirano.

Con la presencia del Tirano están relacionados la prisión y la muerte de su padre y, luego, el “gesto de la protesta” y el “acto de la medalla”. Espejo declara: “tengo eso que se llama pasiones políticas y

* correspondencia abordada por Georges Bataille, en sus numerosos libros de creación o de socioantropología.

puedo sentir en mi dolor el dolor que se causa a los otros". (61) A lo largo del texto se va haciendo más explícita la vocación social de Espejo, se va aclarando la identidad del personaje ante lo que podríamos llamar el Otro.

Espejo considera a su alma incompleta "cuando no puede encontrar en sí misma la presencia de los seres que la rodean." (62), luego afirma: "me conozco como venezolano y sé que Venezuela me pertenece ya que está dentro de mí.

Cuando me he olvidado de ello, he sido profundamente infeliz." (Ibidem) A estas alturas del texto y de la biografía del personaje estamos en el momento en que éste siente: "el mundo entero y, dentro del mundo, mi tierra, mi ciudad y mi barrio, fueron heridos por la guerra y por la peste." (Ibidem) Estas últimas citas nos permiten afirmar la vocación social de Espejo, su identidad nacional, la necesidad que tiene de los otros, la infelicidad que le provoca el saberse solo. La distinción que hace M. Maffesoli* (tomando y redefiniendo los términos de G. Simmel) entre social y societal puede sernos útil aquí para señalar una confusión del personaje (¿del autor?) y que marcaría un rasgo distintivo suyo con relación al "hombre tradicional" que hemos tomado aquí como *ideal type*. Espejo se sabe gregario, se siente incompleto sin la presencia de los otros, quiere solucionar los problemas del prójimo porque sufren y eso lo hace sufrir, lo desasosiega; en este sentimiento confuso se mezcla su necesidad humana con el proyecto nacional, es decir con lo social, por ello Espejo es moderno. El hombre tradicional sabe que su necesidad de los otros se agota en la compañía, en el momento, en el placer inmediato y no en quiméricos días en los que la nación y el mundo amanecerán sin nubes que tapen el sol; su necesidad de los otros es, entonces, societal y

* en casi todas sus obras, en particular *L'ombre de Dionysos Meridiens/Anthropos*, París, 1982.

no social. Muchos venezolanos, paisanos de Espejo (a pesar de las insistencias sollicitaciones de lo social), se acercan ahora más a la sensibilidad del hombre tradicional que a la sensibilidad moderna de Espejo. Algo ha ocurrido, en efecto entre los días en que Meneses escribió esta novela y nuestros días. Espejo no es un hombre sereno, el hombre tradicional aunque no esté calmado siempre tiene el propósito de estar en paz consigo y con el mundo, sabe que hay problemas humanos, es decir, sin solución, problemas que morirán con nosotros. Hay también, sin duda, problemas sociales, solucionables, como los problemas del prójimo que desvelan a Narciso, esos problemas tenemos que resolverlos entre todos, basta que nos pongamos de acuerdo.

D

Espejo pierde la fe, o en todo caso se resiente su fe, por las cosas que descubre de los curas y de la Iglesia; también la imagen de su padre se resquebraja por muchas incorrecciones de las que se entera, sin embargo, tiene la intuición para ver que es precisamente en los momentos de "locura" y de "enfermedad" cuando la voz de su padre "se unía al coro de otras voces alcohólicas y populares." (75) Narciso Espejo está así muy cerca de la posibilidad de superar ciertas dualidades (castidad-pecado, vicio-solidaridad, incredulidad-fe) que caracterizan al hombre moderno aunque, pensamos, no lo logra. La caracterización que hace Espejo de su padre como "irritante chillón", "tembloroso héroe", "payaso perverso y arisco" (80) muestra su molestia, la no aceptación de una multiplicidad interior que también lo define a él.

Hay dos hechos a los que Narciso les da mucha importancia en el período de su infancia-adolescencia; "el acto de la feria" y "el gesto de la medalla", sin dejar de señalar otros actos de similar importancia en su proceso de individuación-socialización.

En la feria, Narciso sintió que la muchedumbre gozosa lo

llamaba, con una llamada que sentía en la piel. Para él el espectáculo no era lo que la feria ofrecía sino “el montón de gentes que reían, hablaban, hacían gestos...” (91-92) sintió que entre estos rasgos de la muchedumbre societal y el burdel existía una continuidad. Su yo todavía en formación (si es que alguna vez el yo llega a estar armado en todas sus piezas) no se resentía por este roce excesivo, al contrario, lo sentía como su “primera actuación personal”, llega a intuir que los momentos nocturnos tendrán para él un signo benéfico.

En esta aventura juvenil, como en otras, Narciso va a estar acompañado de Juan Ruiz, su confidente, amigo y futuro biógrafo. Narciso dice de Juan que fue un hombre respetable cuando muchacho, luego se había hecho débil y medroso y, finalmente, con la madurez ha logrado -dice- “ciertas apariencias de serenidad y ha continuado una obra literaria de tono menor, fabricada a retazos dentro de una forma simple y fina.” (97) Esta definición prolonga el juego de reflejos entre los personajes de la novela, iniciado por Juan Ruiz en el Documento “A”, juego alteregótico, juego entre el yo y el otro que necesitamos, juego que nos hace semejantes.

Juntos, los amigos cometerán también “el acto del burdel”, conocerán “el oscuro mundo de la borrachera, del jadeo, de la sangre, del pecado...” (119) donde se verán, como dice Espejo, “ambos, Narcisos admirados de nuestra imagen reflejada en aquellos chispazos de fanfarona locura...” (*Ibidem*). En este acto, como en los otros que Espejo considera definitorios de su juventud, no podemos dejar de notar cierta memoria culposa, es decir, cristiana, que agrega un rasgo a Espejo de hombre moderno, opuesto al hombre tradicional como lo hemos visto en estas páginas. Sin embargo, esos actos cometidos y rememorados culposamente están también teñidos, para Espejo, por el poder del destino, son incidentes fatales y no podemos tampoco olvidar que el hombre tradicional, como Espejo en esto, carga las cosas de sentido, de

cualidades ocultas.

En "el gesto de la medalla", Narciso arroja un objeto que consideraba cargado con todo lo hostil, casi todo su pasado, en verdad. Este acto de rebeldía juvenil, aunque simboliza el fatricidio, no deja de ser inútil si entendemos la madurez como un proceso lento y penoso que no se supera con un gesto. Por otro lado, este gesto implica una valoración positiva de la madurez y una valoración negativa de la infancia y sabemos que el hombre tradicional se asume múltiple (en este caso: hijo-padre, niño-adulto) sin enjuiciar sus multiplicidades.

El Alter en la madurez de Espejo será también José Vargas. En los episodios de éste período se van a profundizar las líneas características de Narciso y su relación con el Otro que hemos ya esbozado.

Narciso Espejo enmienda el cuaderno supuestamente apócrifo hecho por Juan Ruiz, y que constituye su biografía, densifica así el juego de mentiras, verdades, reflejos y simulaciones que se inicia con la misma novela. Nos enteramos, además, que Narciso Espejo es un seudónimo de alguien que no le da crédito a su biógrafo. Narciso Espejo es Pedro Pérez, yo, tú. Un hombre moderno con algunos rasgos de hombre tradicional, que no se atreve a trasponer la modernidad -la culpa, la vocación social, el cristianismo- y llegar al sosiego, quizá porque ya ama el desasosiego como Sísifo a su piedra.

De Narciso Espejo no podríamos decir, esta es la diferencia entre el hombre tradicional que definen Durand y Sironneau y el hombre común de su tiempo visto por Meneses, que es un hombre sereno, cuya ética se traza en términos de expansión y gozo de la vida y no en términos del afán de poder, y cuyos deberes y deseos están subordinados al placer*. Hoy queremos estar más cerca del hombre tradicional que del hombre moderno, queremos dejar de vivir en errancia, preferimos un neomadismo que tiene mucho de eterno retorno.

* G. Durand, en Sironneau, *Op. cit.* p. 85.